

Investigación

Modelo dominante de masculinidad en estudiantes de la USAC

Jorge Batres, Coordinador
Ana Izabel Ortiz, Investigadora
Byron Chivalán, Auxiliar II

Si bien los estudios de masculinidad se remontan a los años noventa y se dieron sobre todo en el mundo anglosajón, se pueden ubicar estudios afines en América Latina, principalmente en México y Suramérica. A diferencia de los estudios de habla inglesa, en Latinoamérica las investigaciones se han centrado en el análisis de roles, como ser padre o proveedor, asimismo en temáticas específicas como la violencia y el trabajo; particularmente en Suramérica se les reconoce una tendencia localista y focalizada, y en el caso de Centroamérica la producción sobre el tema aún se encuentra en una fase incipiente y de actualización temática.



Entre los diversos conceptos que se discuten en el estudio de la masculinidad, en este trabajo se adopta el concepto de masculinidad dominante, fundamentado en las ideas de Max Weber sobre dominación y de Pierre Bourdieu sobre dominación masculina. Cuando se habla de masculinidad dominante se hace referencia al conjunto ordenado de pautas de comportamiento social que prevalecen y a partir de las cuales se define ser hombre; en este estudio se analizan cinco disposiciones principales: paternidad, relación de pareja, realización laboral, proveeduría y heterosexualidad; y la última se divide en cuatro subíndices: patrones de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, sexualidad masculina, virilidad y homofobia.

El objetivo general que marcó la dirección de esta investigación fue analizar el modelo dominante de la masculinidad en estudiantes de la Universidad de San Carlos de Guatemala:

1. Verificar cuánto se corresponde el imaginario de masculinidad de la población estudiada con el modelo de las disposiciones dominantes elegidas;
2. Identificar las situaciones sociales que afectan la realización de las disposiciones de la masculinidad dominante; y

3. Describir los mecanismos que utiliza la masculinidad dominante para sostenerse y articularse frente a las condiciones que dificultan su realización.

Si bien el diseño metodológico de esta investigación se define como integrador, por utilizar tanto el análisis cualitativo como cuantitativo, no se hizo un uso arbitrario de los métodos y técnicas aplicadas; en todos los casos se siguieron procedimientos rigurosos para garantizar que el uso de las técnicas elegidas fuera el apropiado; en la interpretación se decidió hacer uso de SPSS para el análisis de datos cuantitativos y de Atlas.ti para datos cualitativos. En la recolección de datos se aplicaron 1,137 encuestas Likert, 5 Entrevistas en profundidad y se trabajaron grupos focales con 68 participantes.

En el análisis de las disposiciones elegidas se pudo constatar que en todas ellas la muestra estudiada reflejó grados de apego significativos, lo cual valida empíricamente el concepto de la masculinidad dominante usado en este estudio, pero también demuestra que a pesar de las condiciones que dificultan la realización de la paternidad, la relación de pareja, la proveeduría, la realización laboral y la heterosexualidad, éstas siguen siendo las fuentes principales de identidad masculina. La masculinidad

como estructura socio histórica ha logrado ajustarse a las variaciones de los contextos culturales, económicos y políticos, mediante arreglos discursivos y de representación que han liberado a los hombres de cambios reales en sus comportamientos cotidianos y dominantes, de manera que se siguen reproduciendo relaciones de inequidad y desigualdad entre hombres y mujeres para garantizar la pervivencia de estructuras sociales más amplias.

A pesar de las presiones sociales, culturales y políticas que han provocado las demandas del movimiento feminista, la lucha de la diversidad sexual y los cambios económicos del neoliberalismo, los hombres aún centran sus expectativas masculinas en la realización de patrones dominantes.

En lo que respecta a la paternidad, pese a los cambios socioeconómicos, tener hijos e hijas sigue siendo una exigencia sociocultural que sigue una lógica de continuidad y si bien se piensa en mejorar la experiencia personal porque fue desagradable o reproducirla porque fue grata, no se renuncia a la disposición misma de realizarse como padre y en este sentido, el ejercicio de la paternidad se basa en el modelo dominante, de tal forma que la relación con los hijos y/o las hijas no se modifica; al mismo tiempo que formar pareja se sigue justificando como parte de la “naturaleza masculina” en la medida que permite el establecimiento de

un vínculo afectivo que resuelve la soledad individual, sirve de soporte emocional y genera estatus frente a los demás hombres.

Por su lado el imaginario de la proveeduría masculina, persiste y reproduce la división sexual del trabajo, a pesar de que la participación de las mujeres en esta disposición ha aumentado considerablemente. En relación directa con la importancia que se concede a la proveeduría masculina, la realización laboral sigue siendo una de las fuentes principales de la identidad masculina; subjetiva y objetivamente los hombres siguen asentando en el trabajo su realización masculina, a pesar de los cambios operados en el mercado laboral y que hoy en día hacen imposible realizarse a través del trabajo, ya no sólo como hombres si no como personas.

Por último, fue posible identificar que la muestra de hombres estudiada sigue depositando en la heterosexualidad su realización masculina, condicionando la relación sexual con mujeres, consigo mismos y con otros hombres. A pesar de que las formas tradicionales de formar pareja se sujetan hoy en día a la mirada crítica de más mujeres sensibilizadas y dispuestas a romper con los patrones convencionales de la proveeduría y la paternidad, mecanismos como la fidelidad, la promiscuidad masculina y el cortejo siguen siendo

aspectos valorados y justificados por los hombres estudiados; pero también el placer y el deseo sexual masculino siguen mostrando apego a convenciones tradicionales y dominantes.

Si bien se puede decir que la estructura de la masculinidad dominante ha perdido fuerza como producto de las múltiples presiones sociales que hoy en día la condicionan, hay que reconocer que en su funcionamiento estructural operan mecanismos que le permiten un ajuste constante a las presiones de su contexto, de manera que en muchos casos se trata más de un acomodo externo de sus disposiciones que de un cambio nuclear y sustantivo de su estructura de dominación. En la medida que la masculinidad dominante se debe al patriarcado y éste aún tiene una importancia considerable en la sociedad, puede decirse que la masculinidad dominante no variará mientras que el patriarcado no se modifique.

Conclusiones

Las conclusiones que continúan pueden cambiar en la medida que los hallazgos comiencen a ser socializados para que la comunidad de académicos e investigadores de la masculinidad participen de la discusión.

Es probable que en un futuro inmediato las impresiones que se presentan a continuación varíen; sería afortunado ese hecho y demostraría la disponibilidad y apertura del equipo de investigación de abrirse y sumarse a la crítica del conocimiento, porque debe quedar claro que, de ahora en adelante los resultados de este estudio son propiedad de la académica, de la investigación universitaria y en ese sentido pueden y deben ser discutidas, pero sobre todo socializados.

La masculinidad dominante es una forma de dominación estructurada que tiene la capacidad de ocultarse y refuncionalizarse frente a todas las condiciones que amenacen su orden; es una construcción sociohistórica que pasa desapercibida para la mirada del sentido común y nos hace caer en la trampa de la naturalización de lo que es social, de la aceptación fatalista de lo que es susceptible de transformarse, de la simplificación de lo que es complejo.

La masculinidad dominante abarca una serie de realizaciones cotidianas que por la fuerza de la costumbre se convierten endisposiciones que se codifican en la cultura y las relaciones sociales; se articulan en una estructura que pervive en la medida que logra responder de manera adaptativa a todas aquellas situaciones que la amenazan.

Esta es la comprensión que fue discutida a lo largo de este informe, pero se hizo un esfuerzo más, se definió una serie de mecanismos que describen el comportamiento adaptativo de esta estructura.

Las disposiciones de la masculinidad dominante pueden ser consideradas un fin en sí mismas; es decir cada disposición realizada se experimenta como un logro: al hombre se le exige ser padre y cuando éste concreta dicha aspiración puede confrontarse con situaciones no previstas y que escapan del ideal socializado, produciendo un tipo de desencanto que puede convertirse en enojo, culpa, miedo, incomodidad, angustia, etc. Lo mismo puede suceder con las demás disposiciones e incluso seguir un orden ascendente: estudiar para ser trabajador exitoso, ser trabajador exitoso para ser padre y pareja y luego proveer, proveer para ser jefe de hogar, ser jefe de hogar para dignificarse frente a los demás hombres, etcétera.

Por ser simple, cotidiana y de sentido común, la estructura de la masculinidad dominante tiene la capacidad de escapar del juicio consciente del individuo: como todos los mecanismos del poder, que basan su efectividad en pasar desapercibidos, en el silencio, en ocultarse.

En el caso particular de la paternidad se pudo verificar que, si bien tener hijos e hijas no es una condición elemental para la realización masculina, sí se le concede importancia en la medida que le da un sentido particular a los esfuerzos laborales, permite una forma de realización biológica y genera estatus frente a los demás hombres.

Para los estudiantes que participaron, la paternidad se califica como responsable en la medida que se traduce en proveeduría, es decir se es buen padre en la medida que se aporta los recursos necesarios para la crianza de los hijos e hijas; en esta asociación se reproducen aquellos patrones culturales que han sido socializados históricamente y que le siguen permitiendo a los hombres evadir las responsabilidades afectivas del cuidado de los hijos e hijas y refugiarse en la relación de proveeduría como medida de su realización paterna.

Aunque algunos hombres asumen el cuidado afectivo de sus hijos e hijas, esta relación se limita a pasar tiempo con ellos y ellas, participar de sus actividades recreativas, ser un buen ejemplo y una imagen de autoridad; el sentido de este involucramiento tienen que ver con ellos como padres, salir bien calificados, ser percibidos como responsables y no propiamente con las necesidades específicas de los hijos e hijas.



La relación de pareja se representa como un vínculo afectivo que resuelve el sentimiento y condición de la soledad, a la vez que sirve de soporte emocional para enfrentar los conflictos que produce la crisis de realización masculina; pero también genera una posición privilegiada frente a los demás hombres, constituyéndose en un indicador viril de aceptación y capacidad de seducción, en otras palabras sirve para elaborar de manera simbólica el sentido de ser hombre.

Pese a que aún predomina el matrimonio entre las formas de establecer pareja se observa que la unión de hecho aumenta y se incrementa paulatinamente el matrimonio civil; el primero se encuentra estrechamente relacionado con la ética y moral religiosa dominante, la cual parece tener un peso considerable en Guatemala.

Si bien el divorcio es una de las formas más comúnmente usadas para terminar la relación de pareja, muchos hombres lo viven como un fracaso para el proyecto masculino de mantener la relación, pues según ellos evidencia su incapacidad de complacer y proveer a la pareja, lo cual deteriora su condición viril.

La tensión que produce la crisis de realización de la masculinidad en traducida en algunos casos en violencia en

la relación de pareja; si bien la crisis no es la causa de la violencia, en muchos casos sí actúa como un detonante de la misma y se constituye en un mecanismo de ventilación de la crisis psicosocial de la masculinidad dominante.

A pesar de las presiones del movimiento feminista y de los cambios socioeconómicos, el imaginario de hombre proveedor, jefe o cabeza de hogar, aún persiste en nuestro contexto guatemalteco. Si bien las mujeres logran ser jefes de hogar, en la mayoría de los casos esto ocurre dentro de los nuevos arreglos familiares, en ausencia de la figura del hombre por pérdida de autoridad o importancia material.

Por otro lado las condiciones socioeconómicas continúan beneficiando a los hombres, con lo cual se sigue sustentando la desigualdad genérica que impide a las mujeres acceder en condiciones de equidad a los roles tradicionalmente masculinos.

Si bien muchos hombres estiman que debe prevalecer una distribución equitativa de las tareas cotidianas en el hogar, aún no se distribuyen igualmente la toma de decisiones y cuando lo hacen sigue un patrón de elección por capacidad personal.



En términos generales se identificó que los alumnos estudiados aspiran al rol de proveedor por efecto de socialización sociocultural y por los beneficios de control y poder que representa; aunque entienden que en la situación actual los hombres encuentran dificultades para ser proveedores critican el hecho de que los cambios han conducido a un autoritarismo de la mujer, es decir sólo se han invertido los roles.

En su realización laboral los participantes estudiados le conceden importancia a tres condiciones consecutivas: en un primer plano la superación académica, que conlleva a mejorar las opciones laborales y ésta a su vez se constituye en la fuente de más y mejores ingresos económicos.

Los resultados obtenidos indican que entre los estudiantes el trabajo es el factor fundamental de realización masculina, a pesar de las múltiples condiciones que hoy en día caracterizan al mercado laboral: exclusión, precariedad, flexibilidad, informalidad, irrespeto a los derechos y garantías laborales, etc.

En cuanto a los patrones tradicionales de establecer relación de pareja se pudo observar que prevalecen discursos que defienden la fidelidad como una condición necesaria y clave

en la relación de pareja, sin embargo este convencimiento no se traduce a comportamientos equivalentes, pues el contrato que implica la fidelidad resulta ser maleable y contiene una serie de contradicciones, en tanto tiene su base en el amor romántico y éste entra en conflicto con la concepción naturalizada de la promiscuidad.

Si bien la heterosexualidad se ha consolidado como una forma de dominación interiorizada que funciona de manera simple y automática, en su análisis profundo se revela como incómoda, molesta, llena de culpa; como una forma más de autorregulación dentro de la estructura de la masculinidad dominante. De esta cuenta y de manera permanente la heterosexualidad recurre a tres mecanismos para su afirmación: la homofobia, entendida como el conjunto de creencias, prejuicios, actitudes y comportamiento discriminatorios en relación con los homosexuales; la compartimentación discursiva que permite respuestas de acuerdo a cada situación, según convenga o sea políticamente correcto; finalmente la ventilación homosocial, que opera canalización de expresiones afectivas y contacto físico entre hombres en espacios o actividades específicas.

La vivencia del deseo y placer sexual masculino es una mezcla que integra en una misma experiencia la satisfacción

y la culpa, así como el recuerdo permanente de la relación de dominio, la fuerza de la disposición estructurada y el discurso de lo correcto. Socialmente el deseo y placer sexual masculino se traduce en la fantasía de coitos duraderos y continuos, el cuerpo de la mujer se concibe como un lugar de satisfacción y la desnudez femenina se sobre sexualiza.

En términos del análisis estructural de la masculinidad se pudo verificar que todas las medias son positivas, lo cual es indicativo de grados de apego diferenciado a las disposiciones de la masculinidad dominante, tal y como éstas han sido concebidas en esta investigación; en el orden en que fueron analizados, las medias obtenidas fueron: paternidad (0,6109), relaciones de pareja (1,0723), proveeduría (0,3069), realización laboral (1,2442); los subíndice de heterosexualidad son: relaciones sexuales entre hombres y mujeres (0,7620), sexualidad masculina (0,4465), virilidad (0,5655) y homofobia (0,3517).

En el imaginario de los estudiantes de la Universidad de San Carlos se le concede suma importancia al trabajo, luego de la realización laboral, la relación de pareja y la virilidad ocupan también lugares importantes; así como los patrones de relación sexual y la paternidad. En síntesis todas las disposiciones tienden al apego.

Las diez cualidades esperadas en un hombre son: responsable, fiel, honesto, trabajador, amoroso, cariñoso, sincero, comprensivo e inteligente; resultado que permite apreciar las representaciones culturales del “hombre deseado”.

De ellas cuatro podrían corresponder con parámetros de evaluación del desempeño de las disposiciones de la masculinidad dominante: responsable, fiel, trabajador, honesto y amoroso; como pareja, padre o trabajador; cuatro podrían relacionarse con las actitudes deseadas en las relaciones de pareja: fiel, cariñoso, sincero, comprensivo, que ya se habían observa antes; es decir, esta identificación está íntimamente relacionada con la deseabilidad de las disposiciones dominantes.

Si bien los resultados no se pueden generalizar, se puede decir que la preferencia sexual marca el apego o desapego a los patrones de la masculinidad dominante: los heterosexuales están más apegados a las disposiciones de la masculinidad dominante, pues su preferencia es el producto de la internalización y aceptación de todas las disposiciones.

A pesar de su relativa permanencia, la masculinidad dominante como estructura se ha visto afectada en los

últimos años por tres fuerzas sociales: a) los cambios socioeconómicos actuales, b) las luchas del feminismo y c) las luchas de la diversidad sexual.

En su conjunto estas condiciones han sido capaces de generar una crisis de realización en la masculinidad dominante, sin embargo se piensa al respecto que estas condiciones han obligado procesos de restablecimiento del equilibrio interno de sus elementos estructurales de manera que perviva su núcleo fundante. En ese sentido, si la masculinidad se transformara sustancialmente también lo tendría que hacer el orden que la legitima lo cual está muy distante aún.

Se puede verificar que a nivel social la estructura de la masculinidad dominante se sostiene en la medida que maniobra frente a los cambios socioeconómicos y culturales por medio de mecanismos que buscan el equilibrio, la transformación y autorregulación interna: flexibilizando algunos aspectos de su imaginario cultural, adoptando los elementos discordantes dentro de la estructura misma y compensando los desequilibrios provocados en búsqueda de recobrar el equilibrio.

Si bien muchos autores opinan que la masculinidad ha cambiado en los últimos años como producto de múltiples

presiones, dichas conclusiones solo pueden basarse en la observación de uno de los elementos, pues una mirada más cuidadosa que abarque a todos los elementos de su estructura revela otra cosa.

La masculinidad como forma de dominación histórica y socialmente construida se está ajustando continuamente a las presiones que dificultan la realización de sus disposiciones principales. Como estructura de dominación basa su subsistencia en la aplicación de mecanismos que recuperan continuamente su equilibrio interno, transformando periféricamente aquellas situaciones que amenazan su continuidad y autor regulándose mediante arreglos discursivos, compensación de sus desequilibrios, flexibilización de sus imaginarios, integración de los elementos discordantes, etc.

Y opera de esa manera porque su existencia misma se justifica dentro de un estructura social más amplia, cuya finalidad es un orden históricamente establecido, que por ausencia de un concepto más apropiado podría ser nombrado por ahora como “patriarcado”.

Ahora bien, nada sería más equivocado que asumir que la estructura de la masculinidad dominante opera de manera

mecánica, perfectamente sincronizada y con independencia de los individuos mismos; si fuera de esa manera se estaría presumiendo que la estructura masculina es una realidad independiente de los hombres y no se podrían explicar las continuas necesidades que éstos experimentan de compensar y ventilar las presiones que la ordenanza de la estructura masculina supone.

La estructura de la masculinidad dominante se encarna y opera en individuos concretos: son los hombres quienes cotidianamente asumen y reproducen las expectativas sociales cifradas en disposiciones que toman la forma de mandatos dominantes y que ellos asumen como aspiraciones individuales: en cada comportamiento dominante los hombres realizan y reproducen la estructura de la dominación masculina.

Por otro lado la estructura de la que se viene hablando opera de manera compleja y sus mecanismos no siguen fórmulas únicas y repetitivas. La descripción estructural que se ensayó en las páginas anteriores revela los esfuerzos adaptativos de la estructura de la masculinidad dominante y los mecanismos identificados no deben asumirse como respuestas universales y repetitivas, de hecho en un nuevo intento interpretativo podría identificarse nuevos movimientos adaptativos.

La estructura masculina tampoco se reproduce de manera armónica dentro del comportamiento social masculino: si bien en el nivel social la estructura de la masculinidad dominante viabiliza la reproducción de un orden social, en el nivel individual se encarna de manera contradictoria, plagada de emociones como el miedo, el enojo, la incomodidad, la molestia, la culpa, etc., como ya se explicó antes.

Ahora bien esto no hace a los hombres víctimas de la estructura, aunque en coincidencia con muchos autores y autoras el costo individual de la masculinidad dominante es muy alto; pero los hombres no son solo víctimas, son más bien agentes sociales de la estructura de dominación, en la medida que sus comportamientos dominantes forman parte de una estructura de dominación que cuando reparte dividendos les deja la mejor parte, a diferencia de las mujeres, por ejemplo.

Por lo tanto, la masculinidad dominante también es una forma de dominación masculina caracterizada por relaciones de poder que privilegia a los hombres. A pesar de todos los costos que ésta acarrea para los hombres, la masculinidad dominante se vive como una ventaja en la medida que no se tienen que asumir los costos directos de la dominación y

tampoco se forma parte del grupo subordinado; lo que los hombres no puede evadir son los costos funcionales de la masculinidad dominante y éstos son los que se experimentan dentro de la amplia gama de emociones citadas en este informe.

Pero aun dentro de su posición de agentes funcionales de la masculinidad dominante, los hombres tienen la posibilidad de ventilar los costos que esta posición produce, y como se indicó antes, el mecanismo que se privilegia para esta canalización es la violencia. Así analizada la violencia es un mecanismo de poder, porque se ejerce desde una posición de poder, pero también es un mecanismo de canalización de los costos funcionales de la dominación masculina.

Recomendaciones

La estructura de la masculinidad dominante ha logrado pervivir en la medida que sigue siendo correspondiente con una estructura social concreta: no debe haber equivocación en la fórmula social de definir a los individuos según las características necesarias para que el sistema social subsista.

Ahora bien esta relación no es una fórmula matemática exacta, que pueda ser descifrada con facilidad, hay que

hacer una lectura panorámica para poder, en primer lugar, descubrir la masculinidad dominante como una estructura que conjuga una serie de disposiciones históricamente definidas y adoptadas; sin embargo no basta con identificar las disposiciones, hay que descubrir las formas en que interactúan entre sí para regular, compensar y reproducir la estructura, siguiendo la huella de lo que aquí ha sido nombrado como mecanismos de la masculinidad dominante.

En la medida que estas dos lecturas se realizan se tiene la capacidad analítica e interpretativa, pero también empírica si fue acompañada de datos, de trasladar este análisis a las relaciones de poder que caracterizan la dominación genérica; no solo se trata de entender que las relaciones entre géneros están marcadas por desigualdades que revelan una distribución inequitativa del poder ser, hacer y tener; hay que hacer un esfuerzo por descifrar las formas en que dichas relaciones se han estructurado y cómo funcionan, sólo de esa manera se accederá a reflexiones creativas que revelen formas novedosas de transformación social.

Este fue el proceso analítico e interpretativo que siguió este estudio y es la primera recomendación que se puede hacer para estudios futuros; en términos más concretos y operativos se puede agregar lo siguiente:

- Es importante que los estudios sobre género no se confundan con trabajar exclusivamente de mujeres, sobre mujeres y con mujeres; si bien hay que reconocer que los estudios con este grupo son importantes para desentrañar sus condiciones de dominación y abrir rutas de emancipación, también hay que admitir que los trabajos con hombres son importantes para este mismo fin.
- Desde la academia, los movimientos sociales y grupos de la diversidad se han realizado algunos aportes sobre las diferentes formas de entender y transformar la dominación masculina en el contexto guatemalteco, sin embargo estos esfuerzos no se han articulado y en la medida que se desarrollan de manera aislada no producen el impacto deseado; hay que generar puentes de intercambio de experiencias y puntos de encuentro que alimenten interpretaciones más amplias y operativas.

Referencias bibliográficas

- Allport, G. (1963). Desarrollo y cambio: consideraciones básicas para una psicología de la personalidad. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Allport, G. (1962). La naturaleza del prejuicio. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- Allport, G. (1988). La persona en psicología: ensayos escogidos. DF, México: Trillas.
- Alonso, L. (1995). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. Delgado, & J. Gutiérrez, Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales. Madrid, España: Síntesis. Arfouilloux.
- Badinter, E. (1980). ¿Existe el Instinto Maternal? Historia del amor maternal. Siglos XII al XX. España: Paidós.
- Badinter, E. (1987). El uno es el otro. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Badinter, E. (1993). La identidad masculina. Bogotá, Colombia: Norma.
- Barbieri, T. (1991). Sobre la categoría género. Una introducción teórico metodológica. Revista Interamericana de Sociología, No. 1.
- Bastos, S. (1999). Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los varones; en Hombres, trabajo y hogar. Cuaderno de Ciencias Sociales No. 112.
- Bastos, S. (2007). Familia, género y cultura. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares. En publicación: Familia y Diversidad en América Latina. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.



- Bastos, S. (2000). Poderes y querer: historias de género y familia en los sectores populares de ciudad de Guatemala. Guatemala, Guatemala: FLACSO, Sede Guatemala.
- Batres, G. (1999). El lado oculto de la masculinidad. San José, Costa Rica: ILANUD.
- Batres, G. (2003). Hombres que ejercen Violencia hacia su pareja. San José, Costa Rica: ILANUD. Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Baumli, F. (1985.). Men freeing men: exploding the myth of the traditional male. Jersey City: New Atlantis Press.

Ver completa el estudio
y la Bibliografía en:

http://digi.usac.edu.gt/bvirtual/informes_rapidos2011/INF-2011-44.pdf